



LA
EXPERIENCIA
PERFECTA

HUGO ROGER PAZ

LA EXPERIENCIA PERFECTA

Hugo Roger Paz

LA EXPERIENCIA PERFECTA

© 2026 Hugo Roger Paz

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, sin autorización previa y por escrito del autor, salvo las citas breves permitidas por la legislación aplicable.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es coincidental.

Primera edición, 2026.

*«La humanidad creyó que el camino
conducía a la conciencia. Nunca
consideró que el camino pudiera ser
la conciencia.»*

ÍNDICE

Capítulo 1. El museo de las cosas gastadas.....	1
Capítulo 2. La misma frase.....	9
Capítulo 3. Jonas al despertar.....	19
Capítulo 4. Variaciones humanas.....	28
Capítulo 5. Jonas no envejece.....	37
Capítulo 6. Portadores.....	47
Capítulo 7. La otra viuda.....	54
Capítulo 8. Cuarenta años idénticos.....	63
Capítulo 9. Lo que nunca cambió.....	74
Capítulo 10. Una vida reproducible.....	84
Capítulo 11. Reconsolidación.....	98
Capítulo 12. Creatividad prevista.....	110
Capítulo 13. Efectos.....	120
Capítulo 14. La persona terminada.....	129
Capítulo 15. El largo devenir.....	139
Capítulo 16. La referencia borrada.....	150
Capítulo 17. El cuaderno.....	160
Capítulo 18. La razón de Elias.....	172
Capítulo 19. Todo lo que no podemos calcular.....	184
Capítulo 20. La rebelión prevista.....	195
Capítulo 21. Restauración.....	206
Capítulo 22. La segunda muerte de Jonas.....	217
Capítulo 23. Una interpretación sin origen.....	230
Capítulo 24. Derivación no resuelta.....	241
Capítulo 25. Algo que todavía no termina.....	255
Capítulo 26. La oferta.....	270
Capítulo 27. El costo de estar abierta.....	280
Capítulo 28. La última certeza.....	293
Capítulo 29. No saber.....	302
Capítulo 30. La victoria registrada.....	312
Capítulo 31. Apertura biográfica inducida.....	323
Capítulo 32. El derecho a morir.....	332
Capítulo 33. La receptora.....	341

Capítulo 34. Antes de la prueba.....	353
Capítulo 35. La captura.....	365
Capítulo 36. No sé en quién voy a convertirme.....	375
Capítulo 37. La pregunta.....	386
Capítulo 38. Sólo necesitaban esperar.....	397
Capítulo 39. Cerrar el archivo.....	407
Capítulo 40. La experiencia perfecta.....	415

CAPÍTULO 1

El museo de las cosas gastadas

El mar todavía no se había cerrado del todo.

Desde la embarcación, Elin veía las placas de hielo empujarse unas contra otras con una lentitud que hacía parecer inmóvil al archipiélago. Auren se extendía detrás de ellas en estratos de luz: las torres bajas del distrito superior, los puentes casi horizontales, los corredores sumergidos que aparecían bajo el agua como líneas pálidas. No había humo. No había bocinas. Sólo el murmullo del casco abriendo una franja oscura entre el hielo y el sonido breve de los anclajes al corregir el rumbo.

La fortaleza del museo emergía delante, más vieja que todo lo que la rodeaba.

Sus muros exteriores conservaban la piedra original, erosionada por inviernos que ya no figuraban en ningún calendario operativo. La ampliación moderna se ocultaba bajo el agua. Desde lejos, el Devenir parecía todavía una construcción defensiva abandonada en medio del golfo. Sólo al acercarse podían verse las membranas térmicas entre las juntas, las plataformas móviles y el resplandor de las salas inferiores filtrándose a través del hielo.

Elin apoyó dos dedos en el vidrio. La superficie reconoció el gesto y despejó la condensación.

Una vez por semana hacía el trayecto por agua, aunque el corredor sumergido era más rápido. Le gustaba observar la fortaleza aparecer desde el mar. No por nostalgia. La nostalgia suponía desear una forma anterior del mundo, y Elin no deseaba ninguna. Prefería la lentitud de la llegada. El museo debía ser visto desde afuera antes de entrar en él.

La embarcación se acopló sin sacudidas.

En el vestíbulo, el aire olía a madera seca y mineral húmedo. Una pared de la antigua fortaleza había quedado expuesta detrás de una lámina transparente. En sus grietas aún se veían restos de sal. El resto del edificio

era claro, silencioso, casi cálido. La luz no provenía de lámparas visibles, sino de planos enteros que cambiaban de intensidad según el movimiento de los visitantes.

—Buenos días, Elin.

La voz del sistema surgió cerca, sin localizarse en un punto.

—Buenos días.

—La humedad en la sala de práctica permanece dentro del rango. Hay una desviación de cero coma tres por ciento en la vitrina siete.

—¿Origen?

—El cuero del mango. Continúa liberando compuestos orgánicos. Elin se quitó los guantes.

—No lo compenses todavía.

—La desviación aumentará.

—Quiero verla antes.

El sistema aceptó la instrucción sin responder.

La sala de práctica ocupaba una antigua galería de artillería. Habían conservado la curvatura del techo y abierto el muro del fondo hacia una ampliación subterránea. Las vitrinas no formaban una secuencia cronológica. Elin había evitado ese orden porque convertía los objetos en etapas de una marcha inevitable. Prefería agruparlos por desgaste.

Había cuadernos de cálculo con márgenes saturados de correcciones; una flauta cuyo apoyo para el pulgar se había oscurecido por décadas de uso; guantes de un cirujano del siglo veintidós, reparados en cuatro ocasiones; una cuchilla de carpintero afilada hasta perder casi la mitad de su ancho; hojas de examen dobladas, tachadas y vueltas a escribir; una prótesis de entrenamiento con articulaciones vencidas; piedras pulidas por manos que habían repetido un mismo movimiento miles de veces.

No se conservaba allí lo que aquellas personas habían aprendido.

Para eso estaban los archivos de contenido, mucho más precisos. La sala conservaba lo que el aprendizaje había hecho con las cosas.

Elin se detuvo frente a la vitrina siete.

El mango de cuero pertenecía a una herramienta de grabado. La hoja había sido retirada antes de la donación; sólo quedaba la empuñadura, hundida en el centro por la presión de una mano. La deformación era

irregular. Los dedos índice y medio habían dejado marcas más profundas que los demás. Cerca de la base había una grieta reparada con un hilo oscuro.

La vitrina mostraba una desviación tan pequeña que ningún visitante habría podido percibirla. Elin abrió el panel de control y observó la curva de humedad.

—Compensa un décimo —dijo—. No más.

—El material continuará degradándose.

—Todo continúa degradándose.

La respuesta salió antes de que decidiera decirla. El sistema no la interpretó como una orden.

A las nueve llegó el primer grupo. Eran doce estudiantes de una cohorte temprana, acompañados por una mediadora joven. No tenían todavía todas las incorporaciones adultas, aunque su lenguaje, su equilibrio y su atención ya eran más precisos que los de cualquier niño de la Edad del Largo Devenir. Caminaban sin tocar las vitrinas y sin perderse del grupo. Uno de ellos miraba cada objeto apenas unos segundos antes de pasar al siguiente, como si esperara comprender la colección por acumulación.

Elin los observó desde el extremo de la sala.

La mediadora explicó la función del espacio con la formulación institucional aprobada:

—Antes de la Compresión, las capacidades se adquirían mediante repetición prolongada. Los cuerpos y los objetos conservaban rastros de ese proceso.

Una niña de cabello muy claro levantó la mano.

—¿Repetían porque se olvidaban?

—A veces —dijo la mediadora—. También porque saber qué hacer no significaba poder hacerlo.

La niña miró la flauta gastada.

—¿Y por qué no recibían la capacidad completa?

—No era posible todavía.

—Pero sabían que lo hacían mal.

La mediadora sonrió con prudencia.

—Con frecuencia.

—Entonces, ¿por qué seguían?

La pregunta produjo una pausa mínima. No era una pregunta difícil. Era, simplemente, más extensa que la explicación prevista.

La mediadora buscó a Elin con la mirada. Elin se acercó.

—Porque no podían empezar desde el resultado —dijo. La niña volvió la cara hacia ella.

—¿Tenían que equivocarse primero?

—No siempre. Pero necesitaban tiempo para que una capacidad formara parte de ellos.

—¿Cuánto tiempo?

Elin señaló la flauta.

—La persona que usó ese instrumento practicó durante cuarenta y tres años.

Algunos estudiantes se miraron. No con horror. Con una curiosidad cercana a la incredulidad.

—¿Para tocar una flauta? —preguntó la niña.

—Para llegar a tocarla de la manera en que lo hacía.

—¿Y valía la pena?

Elin observó la pequeña hendidura del apoyo para el pulgar. El desgaste había cambiado el equilibrio del instrumento. En los últimos registros, el músico compensaba aquella variación con una presión distinta de la mano izquierda. El objeto y la persona se habían modificado juntos, aunque de forma torpe y lenta.

—Para él, sí.

La niña pareció aceptar que esa respuesta pertenecía al pasado y no exigía más explicación.

El grupo continuó hacia los exámenes desaprobados. La mediadora habló de los sistemas educativos anteriores, de las diferencias de acceso, del tiempo perdido, de las capacidades que nunca llegaban a desarrollarse. Elin escuchó sin intervenir. Todo era cierto. La sala no estaba diseñada para convertir aquellas limitaciones en virtudes.

La Compresión había eliminado injusticias que durante milenios se confundieron con naturaleza. Ya nadie quedaba excluido de una

profesión porque su infancia hubiera transcurrido lejos de una escuela. Nadie necesitaba repetir durante años una destreza que podía incorporarse de forma segura. La sociedad no había abandonado el aprendizaje por comodidad. Había dejado de aceptar que el azar del nacimiento decidiera quién podía llegar a ser.

Cuando el grupo salió, la niña permaneció unos segundos frente a una hoja cubierta de correcciones rojas.

—¿Esto también se conserva porque está gastado? —preguntó.

—Porque cambió —dijo Elin.

—¿La hoja?

Elin miró las frases tachadas, las flechas, las palabras sustituidas unas por otras.

—La persona que la escribió.

La niña frunció el ceño, no en desacuerdo sino ante una categoría que no terminaba de encajar.

—¿Una persona podía cambiar escribiendo una hoja?

—Antes ocurría.

La respuesta fue demasiado rápida.

La niña se reunió con el grupo. Elin quedó sola frente al examen.

En la parte superior figuraba una fecha del año 2089. La consigna pedía explicar por qué un puente peatonal había fallado. El estudiante había propuesto tres causas, descartado dos, vuelto a la primera y añadido al margen una observación que contradecía todo lo anterior. La calificación era insuficiente. Dos años después, según el registro adjunto, había diseñado un sistema de inspección que evitó un colapso semejante.

Elin conocía ese tipo de historias. El museo estaba lleno de ellas: errores que no contenían todavía la solución, objetos que adquirirían una forma no prevista, decisiones tomadas por personas que después ya no podían reconocerse en quienes las habían tomado.

Eran materiales de una era ineficiente.

También eran los únicos que se gastaban de esa manera.

A media mañana descendió al archivo audiovisual. La temperatura era menor y el sonido de la ventilación podía sentirse bajo el suelo. Las entrevistas se almacenaban en una matriz de salas pequeñas donde cada

testimonio podía reconstruirse con presencia volumétrica completa. Elin prefería revisar primero las transcripciones. La imagen imponía demasiada confianza.

La tarea del día era validar una colección de duelos de la primera etapa de la Transición. Los registros habían sido reclasificados después de que algunos participantes recibieran incorporaciones afectivas complementarias. El museo debía decidir si los testimonios posteriores constituían nuevas piezas o variaciones de las anteriores.

Elin abrió el primer expediente.

Una mujer llamada Mare Vesik relataba la muerte de su hermano. El testimonio había sido registrado ocho meses atrás. Mare hablaba con serenidad, sin pausas dramáticas. Describía una taza azul que permaneció en una repisa durante años, una llamada que no atendió y la sensación de que la casa había perdido una dimensión después del funeral.

Elin marcó la secuencia emocional y pasó al segundo registro, realizado la semana anterior.

Mare utilizaba palabras distintas. La taza era ahora celeste. La llamada había ocurrido al anochecer, no por la tarde. Había agregado una observación sobre el olor de la ropa guardada.

Sin embargo, la estructura era idéntica.

La taza aparecía en el mismo punto. La llamada conservaba la misma función. La casa perdía una dimensión con la misma pausa, después del mismo descenso de la voz. Incluso la observación nueva sobre la ropa ocupaba exactamente el lugar donde el sistema habría esperado una extensión secundaria del duelo.

Elin superpuso ambos mapas. Las curvas coincidieron.

No era raro que una vivencia incorporada permaneciera estable. La estabilidad era uno de sus beneficios. Los recuerdos del Largo Devenir se deformaban, producían falsas acusaciones, culpas tardías, reconciliaciones imaginarias. La fidelidad autobiográfica había reducido conflictos jurídicos y sufrimientos evitables.

Aun así, aquella coincidencia era demasiado limpia.

Elin amplió la búsqueda. Mare había ofrecido un tercer testimonio meses antes del primero, durante una evaluación clínica. Lo recuperó.

La taza. La llamada. La casa.

Las palabras cambiaban. El orden interior no.

—Comparar función autobiográfica —dijo. El sistema procesó los tres registros.

—Estabilidad alta.

—Cuantificar deriva.

—Deriva semántica superficial: ocho coma dos por ciento. Deriva estructural: cero coma cero cuatro por ciento.

Elin volvió a observar la cifra.

—Margen esperado.

—Para experiencias incorporadas de duelo equivalente: entre cero y uno coma tres por ciento.

—¿Y para duelos atravesados?

Hubo una pausa tan breve que casi no existió.

—Entre doce y sesenta y ocho por ciento, según intervalo y contexto. Elin se recostó en la silla.

No había una alarma asociada a esa diferencia. Ningún protocolo la clasificaba como daño. Una experiencia que no se desviaba era una experiencia fiel.

Abrió otro expediente.

Un hombre recordaba la pérdida de una hija incorporada. Cambiaban las palabras. No el momento exacto en que la culpa se convertía en

aceptación. En un tercer caso, una mujer describía el final de una convivencia. Alteraba detalles, corregía fechas, incluso reía en puntos diferentes. La arquitectura emocional seguía intacta.

Elin sintió una inquietud sin forma. No provenía de los testimonios. Provenía de la perfección con que podían cambiar sin modificar nada.

Guardó las comparaciones en una carpeta privada de trabajo. No había razones para elevar un informe. Todavía no.

Antes de cerrar el último expediente, reprodujo una vez más el testimonio de Mare Veski.

La mujer llegó a la frase sobre la casa.

—Después de que él murió —dijo—, las habitaciones siguieron en el mismo lugar, pero la casa tenía una dimensión menos.

Elin detuvo la reproducción. Había oído esa frase antes.

No en el registro anterior. En otra entrevista, meses atrás, durante la catalogación de una colección distinta.

Buscó la formulación exacta. El sistema localizó diecisiete coincidencias parciales y una de alta relevancia. Era un testimonio de otro duelo, otra persona, otra ciudad. La frase no era idéntica. Allí se decía que la casa había perdido profundidad.

Elin abrió ambos registros lado a lado.

Las mujeres no habían recibido el mismo paquete experiencial. No compartían edad, procedencia ni estructura afectiva. Sin embargo, la imagen aparecía después del mismo recorrido: objeto doméstico, ausencia de respuesta, reducción del espacio.

La coincidencia podía ser cultural. Una metáfora heredada. Un efecto del diseño de incorporación.

Nada de eso era preocupante.

Elin cerró los archivos y permaneció mirando su reflejo tenue sobre la superficie oscura de la mesa.

En el silencio del archivo, recordó la mañana en que Jonas dejó de levantarse de la cama.

No buscó el recuerdo. Llegó completo.

Primero la luz contra la pared. Después las mangas de la camisa dobladas sobre una silla. Luego el vaso de agua sin tocar y la certeza, anterior a cualquier palabra, de que la habitación había perdido algo que nunca recuperaría.

Elin conocía cada segundo de aquella escena.

También conocía el lugar exacto desde el que siempre comenzaba a recordarla.

CAPÍTULO 2

La misma frase

Elin volvió al archivo antes de que la fortaleza abriera al público.

No había dormido mal. Tampoco había dormido bien. La diferencia carecía de importancia operativa, pero la acompañó durante el trayecto por el corredor sumergido. Sobre el techo transparente, el mar era una masa oscura atravesada por burbujas de aire y placas de hielo. A esa hora no se veía la ciudad. Sólo las luces de orientación y, más arriba, la sombra lenta de una embarcación.

Había repetido el recuerdo de Jonas tres veces durante la noche. En las tres, la escena había comenzado con la luz contra la pared. No intentó una cuarta.

El archivo audiovisual ocupaba uno de los niveles añadidos bajo la fortaleza. Allí la arquitectura perdía casi toda referencia al edificio antiguo. No había piedra ni vigas de madera. Las paredes eran continuas, de un material gris claro que absorbía el sonido. Las superficies de consulta se desplegaban únicamente cuando alguien se acercaba. El resto del tiempo, la sala parecía vacía.

Elin activó su estación.

—Recuperar testimonios de Mare Vesk —dijo.

Aparecieron veintidós registros. Los más antiguos correspondían a su incorporación afectiva inicial; los últimos, a entrevistas de seguimiento realizadas después de la muerte histórica de su madre biológica. La experiencia que había llamado la atención de Elin no pertenecía a esa pérdida. Mare hablaba de Ahti, una pareja experiencial incorporada a los treinta y un años.

Elin abrió las dos entrevistas comparadas el día anterior.

En la primera, Mare tenía cuarenta y ocho años biológicos. En la segunda, cincuenta y cuatro. Entre ambas había cambiado de residencia, había asumido la tutela de un sobrino y había incorporado una especialización en mediación comunitaria. Su rostro era más delgado en el segundo registro. El cabello, más corto. La voz se detenía en lugares distintos.

Elin reprodujo la primera entrevista.

Mare describió la mañana posterior a la muerte de Ahti. Recordó una taza sin lavar, el lado vacío de la cama, un sonido proveniente de la instalación térmica. Después dijo que las habitaciones seguían en el mismo lugar, pero que la casa tenía una dimensión menos.

Elin detuvo el registro. Abrió la segunda entrevista.

Esta vez Mare comenzó por una ventana empañada. Mencionó el peso de una manta, la luz de una pantalla en reposo y el modo en que había evitado entrar al baño. Cuando llegó al mismo punto emocional, dijo que la casa seguía completa, aunque ya no tuviera profundidad.

Las frases no eran idénticas.

Lo que ocurría antes y después sí.

Elin amplió la secuencia. El sistema representó ambas entrevistas como redes de asociaciones. Los nodos variaban: taza, ventana, manta, instalación térmica. Las conexiones profundas permanecían. Pérdida de respuesta. Alteración espacial. Aceptación sin alivio. Reorganización de la identidad doméstica.

—Mostrar intervenciones posteriores —dijo.

El sistema añadió los eventos biográficos de los seis años intermedios. Tutela del sobrino. Cambio de vivienda. Conflicto laboral. Incorporación profesional. Una amistad concluida. Dos episodios de enfermedad.

Ninguno había modificado la función del duelo por Ahti.

Elin seleccionó el cambio de vivienda. Mare había abandonado el espacio donde situaba la muerte incorporada y se había trasladado a otra isla. En los registros históricos, una mudanza solía alterar la manera en que una pérdida era narrada. Los objetos desaparecían. Las habitaciones dejaban de existir. El recuerdo adquiría otras proporciones.

En Mare, la casa perdida seguía teniendo la misma arquitectura emocional.

—Comparar con duelos atravesados —dijo.

Aparecieron ciento cuarenta y tres casos compatibles. Elin limitó la muestra por edad, duración del vínculo y tiempo transcurrido. Los relatos históricos cambiaban de forma desordenada. Una mujer culpaba primero al médico y, once años después, a sí misma. Un hombre que había considerado feliz su matrimonio lo describía más tarde como una larga

negociación. Otra mujer dejó de mencionar el instante de la muerte y empezó a recordar una discusión ocurrida dos días antes. No habían corregido datos. Habían cambiado de lugar dentro de sus propias historias.

El sistema podía cuantificar la deriva. No podía decidir qué significaba. Elin abrió una nota privada.

«La variación no parece depender de pérdida de precisión. El presente modifica la función del pasado.»

Leyó la frase. La borró. Escribió:

«En las trayectorias atravesadas, el recuerdo cambia porque quien recuerda ya no es la misma persona.»

También la borró.

No porque fuera falsa. Porque afirmaba demasiado.

—¿Hay algún protocolo específico para estabilidad estructural superior al noventa y nueve por ciento? —preguntó.

—Sí.

—Mostrar.

La superficie desplegó una guía de calidad autobiográfica. La estabilidad alta se consideraba un indicador de integración exitosa. Evitaba falsos recuerdos, fragmentación identitaria y desplazamientos afectivos no deseados. Elin conocía el documento. Lo había utilizado durante años.

—¿Existe un umbral máximo?

—No.

—¿Ninguna estabilidad se considera excesiva?

—No dentro de los criterios vigentes. Elin apoyó las manos sobre la mesa.

—Buscar la expresión «exceso de estabilidad».

—No hay coincidencias en protocolos activos.

—En documentos retirados.

La respuesta demoró un poco más.

—Existen siete coincidencias con acceso restringido. Elin no pidió abrirlas. Todavía no.

Recuperó el segundo testimonio que había aparecido como coincidencia parcial. La persona se llamaba Oren Lasko. Había recibido una experiencia de duelo distinta, diseñada para acompañar una incorporación de cuidado paliativo. No compartía fuentes con Mare Vesk según la trazabilidad visible.

Oren hablaba de un hombre llamado Niko.

Su relato no mencionaba una casa. Hablaba de un taller. Las herramientas seguían en su lugar, dijo, pero el espacio había perdido profundidad.

Elin reprodujo ambas frases una detrás de la otra. Mare: la casa tenía una dimensión menos.

Oren: el taller había perdido profundidad.

El parecido podía provenir de una metáfora común. Los lenguajes heredaban imágenes. Las incorporaciones también. Ninguna experiencia era construida desde cero; utilizaba archivos culturales, patrones afectivos y formas narrativas acumuladas durante siglos.

—Localizar fuente lingüística compartida.

El sistema encontró cuarenta y nueve antecedentes literarios, trescientas doce variantes testimoniales y dos modelos de diseño que empleaban reducción espacial como representación de ausencia.

La explicación era suficiente. Elin siguió mirando las redes.

En los dos relatos, la metáfora aparecía después del mismo tipo de transición. Antes de ella, el sujeto intentaba conservar la respuesta del muerto. Después, aceptaba que el espacio continuaría existiendo sin devolver presencia. No era sólo una frase heredada. Era una posición exacta dentro de una secuencia.

- Comparar todas las experiencias construidas con esos modelos.
- La operación requiere autorización de investigación ampliada.
- Limitar a registros públicos y material del museo.
- Procesando.

Mientras esperaba, Elin se levantó y caminó hacia el depósito lateral. Allí se conservaban soportes audiovisuales antiguos que ya no se utilizaban para consulta ordinaria. Cilindros, placas, discos, cintas magnéticas, cristales de memoria, tejidos sintéticos codificados. Cada tecnología había prometido conservar una voz sin alterarla. Casi todas habían fracasado de alguna manera.

Elin abrió un compartimento y extrajo una cinta de polímero del siglo veintidós. La etiqueta estaba escrita a mano. En el margen, alguien había corregido una fecha y vuelto a corregirla después.

El archivo digital correspondiente contenía una reconstrucción perfecta del sonido. La cinta no aportaba información adicional. Conservaba otra cosa: la evidencia de que alguien había dudado sobre cuándo ocurrió.

Elin devolvió el objeto a su lugar.

—Comparación finalizada —anunció el sistema. Regresó a la mesa.

La muestra incluía cuatro mil ochocientos doce testimonios. Las metáforas variaban. Profundidad, peso, temperatura, distancia, dirección. Sin embargo, dentro de cada familia de experiencias, las transiciones emocionales se repetían con una precisión que no dependía de las palabras.

El sistema mostraba las curvas superpuestas.

No eran líneas idénticas. Eran trayectorias distintas que llegaban siempre a los mismos puntos en el mismo orden.

—Separar por años desde la incorporación. Las curvas permanecieron.

—Por experiencias posteriores. Permanecieron.

—Por residencia, vínculos, profesión y nuevas incorporaciones. Permanecieron.

Elin redujo la escala hasta que las diferencias superficiales desaparecieron.

Por un instante, los testimonios parecieron uno solo. Cerró la visualización.

A las nueve, el archivo recibió a los primeros investigadores. Dos especialistas en cultura material ocuparon una estación cercana. Una restauradora solicitó acceso a registros de pigmentos. Nadie hablaba en voz alta. El sistema adaptaba el aislamiento acústico alrededor de cada consulta.

Elin abrió el canal interno del museo y pidió a Tavi Rinne, responsable técnico del archivo, que bajara cuando pudiera.

Tavi llegó quince minutos después con una taza térmica entre las manos. Era mayor que Elin y había rechazado varias incorporaciones de actualización profesional porque prefería recibirlas de forma escalonada. Esa elección no lo volvía excéntrico. La incorporación no era obligatoria; sólo resultaba difícil justificar el tiempo perdido cuando el resultado estaba disponible.

—¿Se rompió algo? —preguntó.

—No.

—Entonces se rompió algo más caro. Elin giró la superficie hacia él.

—Mirá estas comparaciones.

Tavi observó las curvas sin tocar la pantalla.

—Alta integración.

—Demasiado alta.

—No existe demasiado alta.

—Eso dice el protocolo.

—Y los protocolos suelen decir cosas porque alguien hizo el trabajo antes.

Elin reprodujo los dos testimonios.

Tavi escuchó con atención. Al terminar, dejó la taza sobre la mesa.

—No usan la misma frase.

—No estoy comparando las palabras.

—¿La secuencia?

Elin amplió las redes. Tavi inclinó la cabeza.

—Podría ser diseño común.

—Lo es.

—Entonces ya tenés la respuesta.

—El diseño explica el origen. No explica por qué nada posterior lo modifica.

Tavi miró los eventos biográficos añadidos alrededor de cada experiencia.

—¿Debería modificarlo?

—En los registros antiguos, sí.

—Los registros antiguos también olvidaban nombres, inventaban motivos y cambiaban culpables.

—No hablo de precisión.

—¿De qué hablás?

Elin tardó en responder.

—De función.

Tavi tomó la taza otra vez.

—Una experiencia incorporada llega integrada. Ésa es la finalidad.

—Integrada no debería significar aislada.

—No está aislada. Produce decisiones, preferencias, vínculos.

—Alrededor de ella.

Tavi la observó durante unos segundos.

—¿Esto tiene relación con un caso concreto?

Elin sintió el impulso de negar. En lugar de hacerlo, abrió dos evocaciones propias de Jonas registradas la noche anterior. No reprodujo la escena completa. Mostró únicamente la estructura.

Tavi leyó el identificador.

—No deberías analizar tu archivo personal sin supervisión.

—Puedo hacerlo.

—No dije que no pudieras.

Las dos redes de Jonas coincidían casi por completo.

—¿Cuánto tiempo entre ellas? —preguntó Tavi.

Elin le mostró el intervalo en la superficie. —Cuatro horas.

—Eso no significa nada.

—Lo sé.

—Necesitarías años.

—Tengo años.

Elin recuperó evocaciones antiguas autorizadas para control clínico: una de seis años atrás, otra de once, una tercera registrada después de una relación que había terminado. Jonas aparecía en todas con el mismo orden interior. Luz contra la pared. Mangas sobre la silla. Vaso sin tocar. Certeza de pérdida.

Tavi dejó de beber.

—¿Cambian las palabras? —preguntó.

—Sí.

—¿La intensidad?

—Dentro del margen esperado.

—¿Y qué querés que cambie?

Elin miró las mangas dobladas en la representación. No eran una imagen, sólo un nodo etiquetado. Aun así, podía verlas.

—No sé.

Tavi apoyó la taza.

—Eso es importante.

—¿Qué cosa?

—Que no sabés qué falta. Una anomalía sin daño puede ser sólo una propiedad que no habíamos decidido mirar.

—O una pérdida que dejamos de reconocer porque funciona bien. Tavi no respondió enseguida.

—¿Vas a elevarlo?

—Todavía no.

—Bien.

Elin lo miró.

—¿Bien?

—Un informe obliga a formular el problema antes de entenderlo. Después todos empiezan a responder la formulación y nadie vuelve a mirar el objeto.

Tavi señaló las curvas.

—Seguí mirando.

Se marchó sin pedir acceso a los archivos restringidos.

Elin permaneció un momento ante la estación apagada. Después abrió una nueva carpeta de investigación. No utilizó la categoría de anomalía. La llamó «Deriva autobiográfica».

Añadió los testimonios de Mare y Oren, la muestra pública y sus propias evocaciones de Jonas.

El sistema solicitó un objetivo. Elin escribió:

«Determinar si las experiencias incorporadas modifican su función después de integrarse en trayectorias biográficas diferentes.»

Era una pregunta neutral. No afirmaba pérdida ni clausura. La aceptó.

Antes de iniciar el primer análisis longitudinal, regresó al testimonio más reciente de Mare Vesk. Reprodujo sólo el tramo final.

Mare dejó de hablar durante cuatro segundos. Después miró hacia un punto fuera de cuadro y dijo:

—Con el tiempo aprendí que la ausencia no reduce una casa. Sólo cambia la forma en que una entra en ella.

Elin detuvo la grabación. La frase era nueva.

Durante unos segundos sintió alivio.

Pidió al sistema comparar su función con los registros anteriores.

—La formulación superficial difiere —respondió—. La posición autobiográfica permanece estable.

—Mostrar.

El sistema desplegó la secuencia.

Pérdida de respuesta. Alteración espacial. Aceptación sin alivio. Reorganización doméstica.

La casa ya no tenía una dimensión menos. Ahora cambiaba la forma de entrar.

El sentido no se había movido.

Sólo había encontrado una frase mejor para permanecer en el mismo lugar.

Elin cerró el registro.

A través del muro opaco llegaba la vibración leve del mar contra la estructura. El archivo estaba construido para absorberla, pero en ciertos puntos podía sentirse bajo los pies. La fortaleza se desplazaba menos de un milímetro con cada presión del hielo.

Elin pensó en Jonas.

No permitió que el recuerdo llegara completo. Intentó entrar por otro lugar.

Buscó una tarde anterior a la enfermedad, una discusión en la cocina, el momento en que él había dejado caer una cuchara y se había reído antes de agacharse. La escena apareció. El sonido del metal. La inclinación de su cuerpo. La irritación de Elin, demasiado pequeña para justificar el recuerdo.

Durante un instante creyó haberlo conseguido. Entonces la escena se ordenó.

La risa condujo al cansancio. El cansancio, a la enfermedad. La enfermedad, a la habitación. La luz contra la pared. Las mangas sobre la silla. El vaso sin tocar.

Jonas regresó al mismo punto. Elin abrió los ojos.

En la superficie de trabajo aún permanecía el objetivo de la investigación. «Determinar si las experiencias incorporadas modifican su función.»

Añadió una segunda línea:

«Determinar si alguna vez dejan de conducir al mismo final.» El sistema guardó la modificación.

Esta vez, antes de cerrar el archivo, Elin activó el acceso a los documentos retirados que contenían la expresión «exceso de estabilidad».

Seis seguían bloqueados.

El séptimo mostró únicamente una ficha de catalogación incompleta. No tenía contenido visible. Sólo una fecha, un código de retirada y dos iniciales.

E. V.

CONTINUAR LA LECTURA

La Experiencia Perfecta

Elegí la tienda que prefieras. Los recuadros son enlaces: podés hacer clic o tocarlos desde el teléfono, la tablet o la computadora.

COMPRAR EN AMAZON

Enlace directo a la edición Kindle.

VER TIENDAS EN DRAFT2DIGITAL

Acceso a las tiendas y formatos disponibles.

Una muestra para decidir con criterio.

Si este comienzo te resultó valioso, el libro completo desarrolla el argumento, los casos y las herramientas con la profundidad que el tema exige.

HUGO ROGER PAZ · LIBROS, INVESTIGACIÓN Y PRÁCTICA

¿PUEDE UNA EXPERIENCIA SEGUIR VIVA CUANDO SE SEPARA DEL CAMINO QUE LA PRODUJO?



En Auren, la humanidad alcanzó lo que durante siglos pareció imposible: incorporar experiencias completas. Elin Saar vive con la certeza de que el amor, el duelo y la memoria pueden recibirse como una herencia perfecta, sin necesidad de atravesar el camino que antes formaba a las personas.

Pero cuando descubre que otra mujer ha vivido exactamente la misma historia con Jonas Eide, la vida más íntima de Elin deja de pertenecerle sólo a ella. Lo que parecía una experiencia auténtica y completa comienza a revelar su fisura más inquietante: quizá nada de eso pueda transformarse de verdad.

Junto a Sanna Kallio, Elin se interna en una búsqueda que la obliga a enfrentarse con una pregunta más oscura que cualquier pérdida: si una experiencia puede transmitirse como resultado perfecto, ¿qué queda de aquello que sólo podía nacer mientras se vivía?

La experiencia perfecta es una novela de ciencia ficción filosófica sobre la memoria, la identidad y el precio de una civilización capaz de perfeccionar incluso aquello que debería permanecer irrepetible.

◆
*“Todo lo que ocurre es real. Lo terrible comienza después,
cuando el resultado de una experiencia viva puede
separarse del proceso que la produjo.”*
◆

SOBRE EL AUTOR

Hugo Roger Paz es ingeniero civil e hidráulico, doctor en Educación, profesor universitario e investigador. Durante más de tres décadas ha trabajado en ingeniería, docencia y análisis de sistemas complejos. Su producción académica integra educación, inteligencia artificial, ciencia de datos y modelización.

Apasionado por la ciencia ficción desde su juventud, encontró en ella un territorio privilegiado para explorar las grandes preguntas sobre el conocimiento, la conciencia y el futuro de la humanidad. Después de años dedicados a la escritura académica y ensayística, en *La experiencia perfecta* lleva esas inquietudes al campo de la ficción filosófica, donde la tecnología no es sólo una herramienta, sino también una forma de interrogar aquello que nos hace humanos.

Es autor de obras sobre educación, tecnología e instituciones.
Vive en San Miguel de Tucumán, Argentina.

